

LIBRO

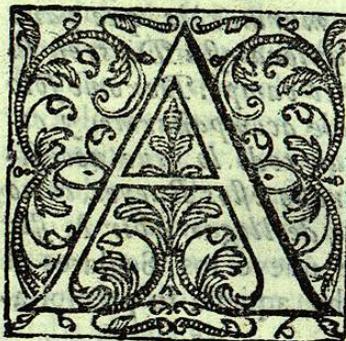


LIBRO TERCERO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO

RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
Observancia de N. S. P. S. Francisco.

CAPITULO I.

*De los éxtasis, y raptos maravillosos del Siervo
de Dios Aparicio.*



QUELLA UNION CON
Dios, à que aspiraba Sebas-
tian con la práctica heroi-
ca de las virtudes, que ya
dexamos referidas, anima-
das todas de la mas ardien-
te charidad, en que conti-
nuamente andaba abrafado,
logrò hacerse el objeto de
las Divinas complacencias,

hasta la comunicacion del Sumo Bien, de que era
capaz su espiritu, aun hallandose revestido de la gro-
feria de la carne. Esto es lo que hace el Altísimo
con sus mas favorecidos por medio de sus éxtasis,

y

y sus raptos. Y en prueba de ser uno de los mas distinguidos de este número Aparicio, referirèmos entre muchos de aquellos relevantes beneficios, que como tal disfrudò, precissamente los mas notables.

Hallabase un dia de fiesta el Venerable unciendo sus Bueyes cerca de un camino real, que và para la Puebla. Las gentes, que passaban à oir Missa, y que lo vieron trabajar en semejante dia, no solo murmuraron lo estraño de la empresa; sino que escandalizadas las mas de ellas, propusieron reprehenderle à su vuelta la transgression. Con este dictamen se acercaron à su regresso à aquel lugar, en que le havian dexado, y con assombro de todos le hallaron elevado un codo de la tierra, estendidos en Cruz los brazos, fixos los ojos en el Cielo, y pendiente el Rosario de una mano. Mantuvieronse largo tiempo àtonitos, y edificados aguardando el fin del espectáculo; hasta que volviendo en si, y viendose rodeado de los assombrados, y antes escandalizados passageiros, les dixo: *Hermanos, no murmurèis, que para quien no puede mas donde quiera està Dios, en la Iglesia, en la Ciudad, y en el campo. Dexòme solo esta noche el Indio, que suele acompañarme, y como no estoy ya para trabajar todo lo que necesitaba, no pude juntar tan presto estos Bueyes, como quisiera, para tener tiempo de llegar à oir Missa.* Con lo que se admiraron de nuevo los Seglares al ver reprehendida, y fatisfecha aquella su precipitada, y oculta murmuracion.

Mas notable fuè el éxtasis, que padeciò en el camino de Huexotzinco. Viajaban por èl dos hombres una noche, y al favor de la claridad de la Luna descubrieron unas Carretas, que caminaban por delante;

lante; y conociendo ser las de Aparicio apresuraron el passo à buscarle por lograr de su santa compañía; mas al acercarse lo hallaron elevado en el ayre, y tan alto, que era imposible tocarlo con las manos. Absortos los testigos del prodigio, habiendo recibido por los ojos el consuelo, que buscaban en la conversacion del Venerable, prosiguieron su viage, magnificando la bondad del Altissimo, que tanto favorecia à aquel su fidelissimo Siervo, de cuya virtud fueron unos continuos pregoneros en adelante.

No tuvo menos que admirar Estephania de Jesus, muger devota, y mui exemplar. Haviendo entrado èsta una mañana al despuntar el dia al Cementerio de la Iglesia de N. P. S. Francisco de la Puebla, viò que salia una gran luz, y resplandor de entre unas piedras; y acercandose à aquel lugar, llevada de la curiosidad, se encontrò con el Venerable. Persuadiòse al principio à que huviesse èste encendido alguna hoguera para defenderse del frio, y aproximandose à èl, y llamandole por su nombre, lo hallò fuera de si con el rostro reclinado sobre la mano derecha, los ojos abiertos mirando al Cielo, y que no solo no havia en las inmediaciones à su cuerpo el fuego, que se havia presumido; sino que estaba todo cubierto de la escarcha, que le havia caido encima por ser tiempo de Invierno; conociendo con evidencia, que las llamas, que havia percibido, eran las que exhalaba el incendio de su amor à Dios, en que estaba abrasado.

Llegando algunas veces à la Casa de un Barbero llamado Juan Nuñez de la Palma, que lo afeytò por el tiempo de dos años, con semblante alegre, y llaneza amigable le decia: *Venid acà rapa*
rui-

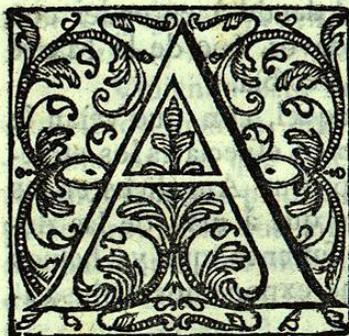
ruines, y aseytadme. Y solia quedarfe entre sus manos tan abfarto, è insensible, que le parecia à aquel estar resurando à un Cádaver. En una de estas ocasiones le hiriò con la punta de la tixerá la nariz, de que comenzò à salir tanta sangre, que fuè preciffo limpiarsela tres, ò quatro veces; haviendose mantenido immovil el Venerable todo aquel tiempo, y con evidentes señales de no haverlo sentido; hasta que vuelto en sí, pidiendole perdon el Barbero de su descuido, le dixo el bendito Hombre: *Haced vuestro officio, que esso, ¿què es sino tierra?*

Para poner fin al Capitulo, baste decir, que fu continua contemplacion le havia puesto en estado de quedarfe extático siempre que se trataban asuntos espirituales en su presencia, de que fuè testigo ocular, entre otros muchos, el P. Fr. Juan Sarmiento, quien se veia precifado, quando tocaban en sus conversaciones familiares femejantes materias, à sostenerlo entre sus brazos para que no cayesse en tierra à causa de su total enagenacion de los sentidos.



CAPITULO II.

De algunas visiones, y favores particulares, que recibio Aparicio de la Reyna del Cielo, y de los Santos Angeles.



SSI como fuè fervorosissima la devocion de Sebastian à la Reyna de las Virgenes, à cuya proteccion se reconocia deudor de las victorias conseguidas à favor de su pureza, eran tambien abundantissimas las gracias, con que la beneficencia de aquella le atendia.

Uno de los especiales obsequios, con que ordinariamente celebraba los dias consagrados por la Iglesia à la Santissima Señora, era el de comulgar en reverencia de aquellos sus Mysterios; y entonces era tambien freqüente, assi el elevarse luego que recibia el Cuerpo Sacrosanto de su Hijo, como el regalarle con su vista, y presencia la misma Reyna de los Angeles; lo que experimentò entre otras ocasiones en el Convento de Cholula.

Llegò à el el Venerable uno de aquellos dias, à tiempo que estaban para salir los Choristas à comulgar; y dirigiendose luego al Altar mayor con aquel poco aseò, con que andaba continuamente en su exercicio, el Hábito enfaldado en la Cuerda, y

pendiente de ésta la botilla de vino, habiendo recibido la Sagrada Comunión, se levantó con el rostro encendido, y vuelto à poner de rodillas con una alegría apacible, que edificaba, reclinó la cabeza sobre una de las fillas inmediatas al mismo Altar. Estando así recogido en su interior se le puso delante el P. Fr. Sancho de la Landa, à quien con voz baxa, y llena de ansiedad dixo: *Quitaos, quitaos, ¿no veis aquella Señora, que baxa por las escaleras? Miradla, ¿no es muy hermosa?* dando à entender con estas palabras la calidad del favor, que de la Madre del amor hermoso entonces recibia.

A consecuencia de aquel, con que veían le atendia su Reyna, eran tambien especiales los esmeros, con que asistían los Espíritus Angélicos en sus necesidades al Venerable; de que à mas de las demostraciones de acudir à su sustento, que ya hemos dicho, dieron las pruebas, que exponemos en los casos siguientes,

Caminando de Huexotzinco para la Puebla, llegó à hacer noche cerca de una barranca, que se halla en el mismo camino; y estando acostado en el suelo debaxo de las Carretas, segun lo acostumbraba, comenzó à llover con tal ímpetu, que dentro de breve tiempo le formaron lecho las mismas aguas, que inundaron el sitio. En medio de la resignacion, con que se ofrecia al Altísimo à padecer aquellos, y mayores trabajos, que fuesen de su agrado, divisó un Mancebo de notable hermosura, y gallardía, que con una Vihuela en las manos comenzó à tocar tan de los Cielos, que olvidado el Venerable de su incommodidad, le parecia estar en la Gloria; y deseoso de gozar mas de cerca de la celestial música, se

levantó à reconocer al que se la daba; pero quanto mas apresuraba aquel el passo, tanto mas se apartaba éste; hasta que salvando de un salto la barranca, se le desapareció. Este suceso refirió el mismo Aparicio al P. Fr. Alonso de Zepeda, Religioso grave, y docto de nuestra Orden, y gran confidente del Santo Varon, quien habiendo preguntado à éste: *¿què Mancebo havia sido el que havia consolado su espíritu de aquel modo, y en tales circunstancias?* le respondió: *Passóse el Jovenete à la otra parte, y así no lo alcanzé; mas no sabré deciros quan lindo era.*

Viniendo otra noche de Tepeaca, se le obscureció de manera, que à penas podia acertar con el camino; por lo que deteniendose en el campo, y arrojandose à una piedra, se puso en oracion, en la que perseveró, hasta que hiriendo sus oídos una suavissima harmonia, levantó los ojos, y vió entre resplandores de clarissima luz concertados Choros de Múficos, que dirigiendose àcia la Puebla, lo convidaban con el dulce atractivo de sus acentos à que los siguiese, como lo hizo, gozando de su hermosura, y compañía, hasta una quebrada, que hacia en la misma senda, donde paró la luz. Entonaron allí mas de propósito una cancion tan harmoniosa, quanto no podia declarar con palabras el Venerable; concluida la qual, se partieron los Múficos à una Hermita de Santiago, poco distante, desde donde le alumbraron para que prosiguiese su camino; dexando abrasado su corazon en aquellos incendios, que le dictaba su amor à la Bondad de aquel Señor, que así le consolaba en sus aflicciones, por medio de la asistencia de sus Ministros.

En otra ocasion, que tambien viajaba àcia la Pue-

Puebla, se le atascò una de las Carretas en un profundo pantano, de donde, habiendo practicado todas las regulares diligencias, no havia sido dable sacarla. Afligido Aparicio al verse solo, de noche, y con los Bueyes ya cansados, implorò el auxilio Divino; el que hallò tan pronto en su favor, que luego viò junto à si un Mancebo vestido de blanco, que saludandole cortemente, se le ofreciò à ayudarle en su trabajo. Aparicio, que creia ser la demostracion efecto de la comun política de los hombres: *¿Que ayuda, le respondiò, me podeis vos dar, quando ocho Bueyes no pueden sacarla?* Mas habiendo visto, que apenas puso mano à la dicha Carreta, saliò con la mayor ligereza del atolladero, y que con la misma se desapareciò el comedido Joven de su presencia, no pudo menos, que exclamar en alta voz: *¡A fé que no sois vos de acá!* Dando à entender en estas palabras el error que havia padecido en su primer concepto, y confessando ser deudor del beneficio à alguno de los Espiritus Angélicos.

No es menos digno de admiracion el siguiente caso. Haviale mandado un Labrador dos fanegas de maiz; y ocurriendo por ellas en distintas ocasiones el Venerable, hallaba siempre escusas en aquel para no darlas. Aparicio, que las estimaba por verdaderos motivos de un ánimo sincero, repetia en cumplimiento de su oficio las diligencias; hasta que habiendo llegado un Martes de Carnestolendas à su Casa, con risueño semblante le dixo: *Hermano, por Dios, que os dolais de mi, que ya estoy cansado de venir, y me deis las dos fanegas de maiz, que me mandasteis para mi Padre San Francisco.* El Labrador, que advirtiò, que iba solo, y que en la Ha-

cien-

cienda, ni en todo aquel contorno havia quien le ayudasse, pensò quedar de una vez bien sin dar el maiz prometido, y burlandose al mismo tiempo del Santo Viejo; y entrando con èl en la Troxe, le dixo, que cargasse en hora buena las dichas dos fanegas; y se retirò à su Casa, assegurado de la impossibilidad de que las pudiesse poner èl solo sobre la Bestia; mas deseoso de ver el fin de su meditada burla, se puso à acechar curiosamente por el resquicio de una puerta, por donde viò, que habiendo llenado Aparicio sus costales, se fueron àcia èl dos Indios Jóvenes del mas hermoso talle, y disposicion con Tilmas, ò capas blancas, à los quales dixo: *Hermanos, pues Dios os ha trabido à tan buen tiempo, os ruego, que me ayudeis, y lo hagais por su amor; que por ser este Macho espantadizo, no puedo yo solo cargarlo.* Assi lo executaron, y con la mayor agilidad, los aventureros Indios; desapareciendose en el mismo punto, en que concluyeron la dicha obra. El Hacendero, que todo lo observaba, saliò de lo mas admirado del suceso; y despues de haver declarado con humildad lo viciado de sus intentos, suplicò con toda sinceridad al Venerable, ocurriessse de alli en adelante por quanto se le ofreciessse à su Casa, con el seguro de que nada de quanto en ella huviesse se le negaria.

A mas de los dichos officios, que practicaban los Angeles con Aparicio, solian tambien ocuparse en traerle el Manto en muchas ocasiones, en que se le perdia, y aun llevarle en brazos algunas veces por los caminos, segun jurò, que le parecia, uno de los testigos de las Informaciones Apostólicas.

CA-

CAPITULO III.

De los singulares favores, que recibió Aparicio de los Santos sus Abogados.



MAS de la comun, con que atendia la religiosidad de Sebastian à todos los Santos, era especialissima su devocion al Apostol Santiago, N. P. S. Francisco, S. Antonio de Padua, y San Diego de Alcalà: al primero por especial Patrono de su Pais nativo Galicia, al segundo por el Instituto, al tercero por haver professado en su dia, y al quarto por la semejanza, assi en las virtudes, como en el estado. A proporcion de su devocion era tambien la confianza, que en ellos tenia, ocurriendo à su patrocinio con la mayor familiaridad, como si estuviessen obligados à hacer quanto su humildad, y simplicidad santa les pedia.

En muchas ocasiones le visitò Santiago, consolandole en sus aflicciones, esforzandolo en sus trabajos, y librandolo del peligro, que dexamos referido en el Capitulo XV. del Libro II. Tambien le favoreciò visiblemente en otras San Antonio, y muchas mas San Diego, con quien era su trato mucho mas familiar.

Siendo de lo mas comun el andar absorto en la contemplacion el Venerable, se le solia caer el Manto

Manto de encima muchas veces, y en ellas lo recogia San Diego, se lo llevaba, y volvia à poner sobre los hombros. Testigo de uno de estos prodigios fuè Blàs Hernandez, quien caminando una ocasion con el Siervo de Dios, haviendo èste perdido el Manto, hechas despues las diligencias mas eficaces por encontrarlo, aunque todas en vano, se retiraron à acostar. Al proseguir su viage al otro dia, quedò espantado Hernandez, viendo que se le presentaba Aparicio con el Manto perdido; y preguntandole de què modo lo huviesse hallado? le respondiò: *S. Diego me lo traxo, y me lo puso debaxo de la cabeza.*

En otra ocasion le hurtaron el mismo; y haviendo intentado dividirlo la persona que lo robò, para aplicarlo à otros usos, se resistiò como si fuesse de fierro à la diligencia de las tixereras: todo lo qual supo Aparicio por boca de San Diego; el qual le revelò tambien hallarse el dicho Manto en Casa de un Indio, donde ocurriò por èl el Venerable; haviendo dexado igualmente admirados, que arrepentidos, assi al Autor del hurto como à los complices, no solo la dureza milagrosa del Sayal; sino la noticia de lo que aun entre los mismos corria con el mayor secreto.

No fuè esta sola vez en la que usò Aparicio de la mayor franqueza en declarar la familiaridad, con que trataba à aquel su amigo. Haviendo llegado à una Hacienda en la Jurisdiccion de Tecamachalco, y entradosè à orar por la noche debaxo de una Carreta, una devota Señora, que ò por curiosidad, ò por compassion se acercò à verlo, lo hallò hincado de rodillas, y sin que pudiesse descubrir otra persona, le oyò, que decia: *Ven acá Diego, no te vayas, ven acá.*